CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LA DIFÍCIL FACILIDAD DE MORATIN.

Se cree generalmente que la prontitud en el escribir es indicio ó síntoma infalible de la alteza del talento y del vigor de la fantasía.

"No cabe duda en que Fulano lee y relee cuanto escribe, y le enmienda, castiga y martiriza, hasta lograr que pueda presentarle al público. Se conoce, en cambio, á tiro de cañon rayado, que Mengano escribe de un hilo, sin tropiezos, con pasmosa rapidez, y que no revisa ni corrige sus originales, por lo que sus escritos lucen en todo, las galas de la inspiracion y los encantos de la espontaneidad."

Así dicen y piensan muchas gentes, que ó no dicen lo que piensan, ó no piensan lo que dicen, ó no dicen ni piensan nada que valga un ardite.

Convengo en que la inspiracion es más veloz en su vuelo, que lo más veloz que imaginarse pueda; convengo en que la fantasía se remonta en ménos que lo digo á las altas regiones de la hermosura ideal, y desde allí descubre dilatados horizontes, que recorre con febril presteza; convengo en que el poeta ins-

pirado es casi un vaticinador ó adivino, por lo que le llamaron vate los antiguos, si bien los estóicos le tuvieron por loco, suponiendo que sólo los sabios son verdaderos poetas. Todavía hoy suele llamarse inspirado al hombre que tiene ó que se le atribuyen conversaciones íntimas con la divinidad, cuyos inescrutables designios se le revelan en sueños ó en éxtasis y arrobamientos místicos. Convengo tambien en que esta clase de inspirados merecen más que cualesquiera otros el epíteto mordaz de los estóicos. En todo esto no tengo reparo en convenir; pero no puedo persuadirme de que la parte externa y mecánica de la poesía, sea cosa que se domine, subyugue y maneje con facilidad. La palabra es una materia artística como otra cualquiera, aunque más flexible, delicada y expresiva que todas. Y así como el escultor, verbi-gracia, cincela, compone y pule el mármol de una estátua ó de otra figura plástica, hasta conseguir la correccion estricta de los perfiles y contornos; así tambien el poeta, si desea que la excelencia de la forma (lo primero que hiere los sentidos y predispone el ánimo del lector), corresponda á la excelencia de la concepion, debe cincelar, componer y pulir las palabras, de modo que sean cada vez más bellas, más cadenciosas y más elegantes y sencillas. Becquer, que juntaba á una asombrosa facultad poética, un gusto artístico depurado y exquisito, llegó á decir de un extraño himno que él sabía:

> Yo quisiera escribirle, del hombre
> domando el rebelde, mezquino idioma.

Por manera que es menester domar el idioma, rebelde y mezquino de suyo, para decir ó escribir cosas que merezcan los honores de la fama, y nadie consigue domarle escribiendo á *calamo currente*. Esta idea que expresa Becquer con su acostumbrada elegancia y originalidad, no es una idea fugitiva y

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

transitoria en su espíritu: por el contrario, bajo diversa pero siempre primorosa forma, la repite y sustenta muy á menudo. Bien que la idea es viejísima: Horacio, el poeta del buen sentido, que siguiendo las pisadas de Aristóteles, había de ser el gran sacerdote de la retórica, la aceptaba ya en su tiempo y la tenía por evidente.

Mucho más difícil empresa es la de escribir en estilo puro, diáfano y sóbrio, que la de escribir en campanudo, estrepitoso y alambicado estilo. D. Luis de Góngora debe haber escrito sin ninguna dificultad sus tenebrosas composiciones de las *Soledades* y el *Polifemo*, donde nadie entiende lo que quiso decir, ni despues de dicho, lo ha de haber entendido el mismo poeta cordobés. El hacinar despropósitos y frases huecas es obra que no requiere esfuerzo alguno de parte de quien los hacina: lo requiere, y grande, de parte de quien haya de desenmarañar el dédalo, para coger el hilo del laberinto y descubrir las perlas, si las hay, en el revuelto fondo del *mare magnum*.

Todos los tratadistas de literatura, y en especial los de retórica, que erizaron de fórmulas el arte de hablar, ponderan y encarecen, más ó ménos francamente, las dificultades de escribir con gallardía, exactitud y claridad. Aquí viene de molde el siguiente terceto de Lupercio de Argensola, clásico eminente de la rama aragonesa:

> Este que llama el vulgo estilo llano
> envuelve tantas fuerzas, que quien osa
> tal vez acometerle suda en vano.

Podría yo aún acumular más citas en apoyo de la tésis que sustento; podría recordar que Virgilio empleó diez años en limar las *Geórgicas;* podría hacer mérito de Alfieri, quien, segun la fama, corregía de tal suerte sus inmortales tragedias, que casi no dejaba en pié ninguno de los versos primitivos, llenan-

do de tachas y enmendaturas sus borradores, sólo por él entendidos; podría traer á colacion á Juan Jacobo Rousseau, que áun cuando tuviese en la mente una idea luminosa, forcejaba en sus adentros dias consecutivos, por encontrar la frase adecuada, no siendo raro el caso de que abandonase el lecho, al filo de la media noche, para apuntar la perseguida frase, si en tal sazon daba con ella; podría, en suma, hojeando libros y entresacando fragmentos, atestar este artículo de fehacientes noticias, y lucir erudicion bibliográfica. Doy por sobradas, empero, las breves citas anteriores, y prescindo de que se me tenga por erudito, ya que desgraciadamente es la verdad que no lo soy.

No ha de ser habilidad tan asequible la del buen decir (volviendo á mi tema), supuesto que muchos pensadores se han quemado las pestañas y han agotado su saber y su talento, buscando las leyes á que por su naturaleza debe sujetarse el lenguaje literario, y prescribiéndolas despues en tratados y legislaciones, cuyo carácter movedizo y no pocas veces arbitrario, pues que unos humanistas y retóricos contradicen é impugnan á los otros, sin lograr ponerse de acuerdo, es una nueva é irrefragable demostracion de lo árduo y espinoso del asunto.

Los griegos, dotados de una perspicacia admirable para el arte, que les hacía aspirar á la majestuosa naturalidad del estilo terso, transparente y limpio, como el cristal de un espejo bien bruñido, ministraron á las generaciones posteriores, los eternos modelos de las formas artísticas. A las fuentes helénicas acudieron los preceptistas para establecer sus doctrinas ó teorías; y como á la literatura griega y á su derivada la latina se les llamó clásicas, en atencion á su elegancia y sencillez de formas, túvose tambien por clásicos en seguida, á cuantos aceptaron el cánon aristotélico ú horaciano. Los poe-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

tas románticos ó cristianos, que por virtud de sus opiniones religiosas tuvieron en poco lo sensible y corpóreo, concediendo al pensamiento casi toda la importancia de una obra de arte, desamarraron sin escrúpulo las argollas del clasicismo, y desligándose de toda traba ó sujecion preceptiva, se echaron por el ámplio camino de la libertad literaria. Muchos románticos tienen por esto un lenguaje embrollado, oscuro é indescifrable, tras el cual apénas si se percata uno de lo que pretendieron decir, en médio á tanto enigma y logogrifo. Ya se deja entender que algunos románticos por el espíritu y no por la forma, sí han acatado y obedecido las prescripciones sancionadas por el uso y por los eruditos, dando así un testimonio de humildad literaria, que no es comun entre los que se precian de mirar con altivez y desden la autoridad ajena. Los románticos, pues, que han sido por lo general los más fecundos, corroboran tambien el axioma de que para escribir como Dios manda, y de manera que todos entiendan lo escrito, sin lanzarse á nado en un piélago insondable de palabras, donde por acaso se pesque una idea, es conveniente no poner en completo olvido los preceptos de buen decir, reunidos y metodizados en cuerpo de doctrina por hombres capaces de semejante trabajo. Es innegable que, si una obra desaliñada é incorrecta vale más á las veces que una correcta y aliñada, por ser fruto de mayor inspiracion, valdría muchísimo más aún, si reuniese á sus condiciones intrínsecas la gala de la pulcritud y el brillo de la correccion.—No carecen de oportunidad en este punto las siguientes palabras de Cánovas del Castillo, que no puedo prescindir de insertar, aunque se me moteje del prurito de poner citas: "Lo malo ó mediano en el fondo jamas será bueno en las letras, porque se cuide con más ó ménos esmero de su forma; pero lo mediano suele parar por falta de esmero en malo, y lo malo mismo, en peor, sin duda alguna."—Debe el escritor

esforzarse, en consecuencia, por dar al estilo la peculiar elegancia y esbeltez que tiene de por sí, bien manejada, la lengua de Cervántes, y por conseguir aquella limpieza, aquella diafanidad, aquella hermosura que resplandece en las obras de los escritores castizos.

Sólo así podrá realizarse, en lo tocante al estilo, el ideal dramático de Hartzenbusch, aplicable á la perfeccion de todas las obras literarias. Quiere el ideal: unir

al génio de Calderon
el arte de Moratin.

Con razon llamó, pues, este último sagaz ingenio, *difícil facilidad* al lenguaje que hermana la belleza con la sencillez. Y yo tengo por evidente que ninguna obra maestra se ha escrito á vuela pluma; aunque tambien creo, si he de ser sincero, que no se debe atajar en lo absoluto el vuelo de la inspiracion, ni despojar á la obra de todos los naturales hechizos de la espontaneidad, sólo por rendir pleito homenaje á las reglas de los legisladores literarios. El estilo puede considerarse como el ropaje de las ideas; y no es cordura martirizar el cuerpo para acomodarle un vestido que le viene estrecho: por la cual razon deben los autores acostumbrarse á escribir bien, desde que pongan mano en una obra, á fin de que las correcciones ulteriores recaigan únicamente sobre detalles de diccion.

Miéntras más se medita en todos estos escollos, más se comprende lo *difícil* que es tener un estilo *fácil*.

RASGOS BIOGRAFICOS DE FRANCISCO PATIÑO

Miéntras se consumió México en la vida parásita del régimen colonial, adurmiéndose y petrificándose en ese hondo sueño secular, que casi redujo á sus habitantes al tristísimo papel de párias, fueron raros los escritores que cultivaron los géneros literarios cuyo florecimiento requiere alguna libertad; los géneros democráticos, por decirlo así. Pero en cambio, y como una compensacion que habla en favor de nuestra patria, fué crecido el número de los que dedicaron sus talentos á la dilucidacion de los más árduos problemas históricos y científicos. Y sucedió así, porque, cuando prevalece la aristocracia de la sangre, toma empuje y vigor la aristocracia del saber: si se impide á la fantasía que vuele libremente por los brillantes espacios de la inspiracion, y que deleite y regale á los hombres con sus frutos divinos, cede el campo á las labores del exámen, el estudio y la razon.

Prolongóse el amor á las cuestiones sérias, instructivas y docentes, durante algunos lustros despues de nuestra emancipacion política, á la par que se desarrollaba la aficion por las obras de mero entretenimiento y que se multiplicaban los que

escribían para el público, sin otro móvil que el de la propia satisfaccion, obsequiando el consejo del gran orador romano; mas por una singular anomalía, propia de nuestro carácter, en tanto que aumentaba el número de los literatos, disminuía y se estrechaba el número de los sabios.

No podemos ciertamente vanagloriarnos de haber tenido en este siglo, muchos hombres capaces de dictámen y de obra en materias científicas. Las ciencias exactas y naturales, sobre todo, han encontrado poquísimos sectarios y prosélitos entre nosotros. Y si más estrechamos el círculo y circunscribimos la pesquisa á la química, por ejemplo, ménos satisfechos quedarémos de nuestra exploracion. Puede ser que sólo encontrémos tres figuras sobresalientes en tal asignatura: Leopoldo Rio de la Loza, Gumesindo Mendoza y Francisco Patiño; objeto este último del presente desaliñado artículo.

Parece que nuestro clima tropical y la hermosura física de nuestra patria, dan aliento y estímulo para el desarrollo de las facultades en que nace y toma cuerpo la belleza artística, y que no los dan, ó los dan en dósis insignificantes, para el desarrollo de las facultades en que brota y florece la verdad científica. Lo cierto es que, miéntras son muchísimos los que versifican ó escriben artículos amenos en México, son muy contados los que se dedican á estudiar y vulgarizar las cuestiones beneficiosas á la sociedad, tanto en la vida de la naturaleza, cuanto en la vida del espíritu.

Como quiera que Francisco Patiño es una de las pocas personas que pasan la existencia en el asíduo trabajo del estudio, tengo especial regocijo en escribir estos rasgos biográficos, para que formen parte de la coleccion de biografías, con que el Sr. Enrique Enríquez quiere amenizar la fúnebre série de sus *Causas célebres*.

Vió la primera luz Francisco Patiño en la ciudad de San

Luis Potosí, capital del Estado del mismo nombre, el dia 16 de Junio de 1846, siendo sus padres el Sr. Lic. D. Herculano Patiño y la Sra. Doña Pánfila Cámpos, entrámbos distinguidos por la sociedad potosina con particular estimacion, en virtud de las prendas y cualidades personales que los adornaban.

Hizo nuestro químico sus estudios primarios en una escuela que por entónces dirigía en San Luis, el Sr. Lic. Ambrosio Espinosa, que fué despues gobernador del Estado y ha ejercido diversas funciones públicas de importancia; entre las cuales debe enumerarse la que ahora desempeña, como secretario de la comision encargada de formar un proyecto de Código Municipal y otro de organizacion de Ayuntamientos. Desde luego reveló Patiño las brillantes aptitudes con que la naturaleza había dotado su espíritu, sobresaliendo notablemente entre sus condiscípulos; y tuvieron por acertado sus padres el enviarle á México, para que estudiara alguna profesion y tuviera más ámplio teatro en que lucir su privilegiada inteligencia.

El año de 1860 llegó á esta hermosa metrópoli mexicana, y sin pérdida de tiempo y con la mira puesta en el término de sus estudios, entró á hacer los preparatorios en el colegio de San Juan de Letran, de donde salieron muchos hombres notables, que han sido legítimo orgullo de la patria. Patiño fué digno discípulo de tan ilustre plantel, pues allí dio nuevo é inequívoco testimonio de su perspicaz penetracion y de su inquebrantable pertinacia en el estudio. Concluidos el año de 1864 los cursos preliminares que debían abrirle las puertas de una profesion honorífica y humanitaria, pasó á las aulas de la Escuela de Medicina, donde, al cabo de cinco años, aprovechados con rara habilidad, recibió el título de profesor en farmacia, á 5 de Noviembre de 1869.

Reconociendo el gobierno su acopio de ciencia y sus altas dotes intelectuales, le nombró, no enjuta aún la tinta de su tí-

tulo, farmacéutico del ejército, y á poco andar, y en galardon á sus merecimientos, le ascendió á farmacéutico principal del mismo ejército.

Abandonó en breve este empleo facultativo, con el propósito de ejercer como particular su profesion y vivir de una manera más independiente; que á menudo la proximidad de los que gobiernan, ocasiona disgustos y perjuicios. Pero, no obstante, y queriendo aprovechar siempre sus profundos conocimientos especiales, le ha nombrado de contínuo el Ayuntamiento, perito de química médica é industrial, en todas las Exposiciones que han tenido efecto en esta ciudad; y se le llama con frecuencia á que practique en la Aduana los reconocimientos de téxtiles, sedas y demas productos de la industria fabril.

Deseando él no hacer estéril su sabiduría, como tantos otros de nuestros sabios, que son pozos de ciencia, pero que nada ejecutan en beneficio de la sociedad, se resolvió á escribir para el público, el año de 1871; y desde entónces no ha cesado de dar á luz con infatigable fecundidad, innumerables artículos sobre cuestiones de química, botánica, farmacia, higiene y literatura: en todos los cuales ha tenido siempre por objeto patentizar la evidencia de algun principio de resultados prácticos, ó promover el adelantamiento nacional en cualquiera de los ramos de la actividad humana. Ha defendido igualmente, con gran energía y abundancia de argumentos, la necesidad de que tengan título expedido por el gobierno, todos los que ejercen profesiones que se relacionan con la vida del hombre y la conservacion de la especie. En este sentido, puede decirse que es el paladin de la ciencia, pronto á romper lanzas contra todo el que de alguna manera la profane ó la envilezca; por lo que esgrime la pluma cual si fuera estoque, y hiere mortalmente á quienes, sin los requisitos legales, se lanzan á curar las dolencias de la humanidad. Para él, la ciencia es una religion, y un

sacrílego y hereje quien entra en su augusto santuario, sin las formalidades establecidas por la ley y consagradas por el tiempo.

Y no se crea que á la polémica y á la propaganda ha limitado sus esfuerzos; sino que, deseando ser á la vez hombre de batalla y hombre de paz, guerrero y legislador, acaba de publicar un tratado de botánica en definiciones, para facilitar á los estudiantes el aprendizaje de la ciencia de Linneo y de Jussieu.

Los periódicos en que más ha escrito, son: *El Porvenir*, *El Monitor Republicano*, *El Federalista*, *La Patria*, *La Tribuna* y *El Cronista de México*. Actualmente es colaborador de algunos de éstos y escribe en calidad de redactor de número, en *La Escuela de Medicina*, *La Independencia Médica* y *El Observador Médico*.

Varias sociedades científicas y literarias del país, deseosas de tenerle en su seno, le han enviado sus diplomas. Entre otras, puedo citar las siguientes: "Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística," "Sociedad Filoiátrica," "Sociedad Larrey," "Sociedad Pedro Escobedo," "Sociedad Farmacéutica Mexicana" y "Sociedad Médico-Farmacéutica de Puebla."

Está hoy Patiño al frente de la antigua y muy acreditada Botica de San Andrés, donde tiene un magnífico laboratorio de análisis y da lecciones de química á varios estudiantes, que recurren á él como á un experto guía, capaz de conducirlos con seguridad al término de los adelantos de una ciencia que progresa con tanta rapidez.

Como se vé, la vida de Patiño, modesta y tranquila, ha estado sin cesar consagrada al noble sacerdocio de la ciencia, por lo que no es extraño que carezca de esos acontecimientos seminovelescos en que suelen abundar las vidas de los que se entregan en cuerpo y alma á la política, ó las de los que se echan á directores y patriarcas de los pueblos.

Al considerar lo sosegadamente que se ha deslizado la fruc-

tífera existencia de nuestro buen químico, vienen sin querer á la memoria aquellos célebres versos de Fray Luis de Leon, el suave, inspirado y ternísimo poeta castellano:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Patiño es de un carácter afabilísimo, comunicativo, alegre y servicial; lo que le conquista en el acto las simpatías de cuantos le tratan.

En el albor apénas de su edad madura, promete todavía muchos motivos de satisfaccion á la patria, que ya le cuenta entre sus hijos más distinguidos.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO-LEON. MONTERREY.

YUCATAN.

(Trozo de una correspondencia.)

México, Junio 30 de 1880.—Sr. Lic. José Vidal Castillo.—Mérida.—Muy señor mio y amigo:—Circunstancias independientes de mi voluntad han sido obstáculo para que hasta ahora dé principio á la série de correspondencias que me he obligado á escribirle para *La Revista de Mérida.*

Es tal el placer que vd. me ha proporcionado, facilitándome la oportunidad de ponerme en comunicacion intelectual con una sociedad tan ilustrada como la yucateca, que no obstante la ingénita pereza de mi carácter y el no permitirme ócio ni vagar las árduas y cotidianas labores del periodismo, accedí gustosísimo á la galante proposicion de vd. y doy comienzo ahora á mi papel de cronista foráneo de su periódico.

De años atrás abrigo simpatías por la Península de Yucatan, y me atrae y seduce lo que con ella se relaciona. Será que tengo especial predileccion por los pueblos ricos de tradiciones gloriosas, que arrancan de siglos envueltos por la dorada neblina de la mitología, ó será que sin darme cuenta de ello, ha ido labrando en mi espíritu el mágico buril de los artistas